

A la puerta de la blanca casa vió á María entretenida en hojear un libro.

—Señorita. Pregunto por vuestro padre. —¡Oh! Haced el favor de volver. Está descansando. No ha dormido en toda la noche, dijo María con humilde y amargado acento.

—¡Duerme, cuando está cargado de deudas! Mejor sería que pensase en adquirir dinero para pagar sus deudas.

—Caballero. Nadie tiene derecho á insultar á un hombre de honor delante de una mujer, que no pue-

de vengarlo. Eso solo lo hace la torpe cobardía, ó la suprema infamia.

—Dejemos todo esto á un lado. Quiero verle, lo mando, y ya sabéis que tengo derecho para mandarlo, como que es mía esta casa. María se cubrió el rostro con las manos. Don Braulio, aproximándose al oído de María, murmuró estas siniestras palabras.

—Una hija despiadada asesina al mas desgraciado de los padres; y sin esperar la respuesta de la jóven se lanzó al gabinete de don Pedro.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Cuántos males nos amena-



María.

zan! A esta horrible desgracia no puede resistir mi corazón. Padre, padre mio... Y como si estuviese loca, con los ojos nublados, y el paso vacilante se precipitó á la puerta del gabinete. Entonces oyó este corto diálogo.

—Don Pedro. Aquí tenéis estos pagarés, que ya han vencido. O me pagais, ú os arrojo mañana mismo de esta casa.

—No me proponíais una condicion.....

—No puede ser. No hay remedio. Pagar ó salir de vuestra casa, porque cuanto en ella hay me pertenece. Mañana mismo voy á proceder al embargo.

—¡Bien! Podeis hacer cuanto se os antoje.

—¡Quedad con Dios!

—Con Dios id... y don Pedro mostraba una calma tempestuosa. Hay dolores desesperantes, terribles. No asoman al rostro, pero hierven en los abismos del corazón.

Así que don Braulio se dirigió á la puerta, don Pedro se dejó caer sobre el sillón.—María entonces entró en la estancia, gritando.

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Don Pedro la recibió en sus brazos, é imprimió un ósculo de amor en su espaciosa frente. Una espantosa carcajada resonó en la estancia. Era don Braulio, que se burlaba del cariño de aquella hija.

María ocultó á su padre la horrible proposicion de don Braulio. Si se nos pregunta la causa de este silencio, diremos que nada hemos podido alcanzar; porque hay acciones cuyos móviles son diversos, oscuros é indefinibles. Los filósofos griegos enseñaban al hombre que la suprema ciencia consiste en conocerse á sí mismo; yo digo que la ciencia mas oculta es



Don Pedro.

la que tiene por objeto conocer y explicar el corazón de la mujer. Ese corazón sereno á veces como el cielo, sembrado de ilusiones de luz, revestido de fé, de esperanzas, consolador, sublime, soplo de vida, que serena el tempestuoso mar de las pasiones, es otras veces negro abismo donde solo se encuentra el infierno del desamor, ó el amargo brevaje del desengaño. Sin embargo, en el trascurso de nuestra narracion tal vez podamos resolver ese problema.

Al dia siguiente Ernesto comenzó á escribir la siguiente carta:

A bordo del vapor.....

Querida mia: Hoy por vez primera en mi vida te escribo; y hoy tambien he sentido por primera vez en mi pecho el agudo aguijón del dolor. ¡Oh María, María! La naturaleza sin tí me parece un templo sin Dios. Mi alma tan amante de lanzarse á los espacios infinitos se repliega en sí misma, y se posa amorosísima en tus recuerdos. Desde aquí veo el horizonte que te cobija desvanecerse como una ilusion de la niñez, desde aquí se descubren las costas en que tantas veces hemos orado juntos, confundiendo nuestras almas. Mi cuerpo

arrebatado por la fuerza del destino, corre á do la suerte le lleva; mi espíritu está contigo y te contempla extasiado y feliz. Este viento que agita mis cabellos te dará nuevas de tu Ernesto, y te dirá que llora tu ausencia, que padece por tí, y que espera volver á verte llena de ternura y de amor. El olor de las blancas rosas que me diste, lo aspiro embriagado cual si aspirara la esencia de tu alma. Hé mil veces, besado aquel rizo, que en premio de mi primera confesion me diste, y algunas lágrimas mias están suspendidas en sus hebras de oro. Tu imagen está en mi corazón; tu nombre en mis labios; tu alma en mi alma, y el aire que respiro está impregnado en tus recuerdos. El sol me acompaña

y me consuela; porque es el mismo sol que alumbra nuestra felicidad. Mientras brille me acordaré de que te veía por la ribera, corriendo tras una paloma que de tu afán se burlaba. Los rayos de oro del sol, eran para mí menos brillantes que las trenzas de tu blonda cabellera agitada por las brisas; y el aliento del aire menos ligero que tu carrera en la arena.

Bendito sea el cielo que vió nacer de mi inocencia tu amor; bendito el sol que te alumbró para que yo te viera; bendito el aire que trajo á mis oídos tus primeras palabras; bendita la tierra que te sostenía; mientras yo, solo en el fondo de mi barco te adoraba silencioso confiando mis amores al mar.

¡María! El sol se ha apagado en sus olas; la campana de la oración llega á mis oídos desde las lejanas costas como un eco del cielo; las estrellas brillan cual las lágrimas de tus ojos suspendidas de las rosas, con que adornábamos el ara de la Virgen. Cercano á nuestro vapor pasa un barco de vela. Los marineros arrojados dan gracias á la Virgen, porque favorable viento impulsa sus lonas, y porque sus redes están llenas de pescados de todos colores. En su oración, María, han pronunciado tu nombre; ese nombre dulcísimo que serena el mar, y tiene con los colores del iris las contrarias nubes.

No olvidé la palabra que te dí. Creo ver la Virgen en la dorada nube que aparece en el ocaso. El mar calla como si se entregase á sus oraciones; brillan con tan nuevo resplandor las estrellas, que no puedo menos de sentir el amor de la madre amorosa del Verbo, derramándose cual nueva savia de vida y esperanza por toda la creación. Tal vez ese cielo sea tan solo un pliegue de su manto, y esa melancólica luna una pequeña rueda del carro de astros, en que va á llevar su aliento de amor á los mundos desmayados de cansancio en su infinita carrera.

— ¡Orar! ¿Qué es el amor? Una oración infinita; una lágrima del cielo; un suspiro de Dios. El amor es el aroma de nuestro ser. Cuando ese aroma se ha disipado todo en el seno de Dios, el vaso que lo contiene se rompe y se convierte en ceniza. El destino del hombre es amar. El secreto de la naturaleza amar es también. Las estrellas corren anhelantes en pos del sol, y ruedan en el vacío como ángeles huidos del cielo tan solo por alcanzar una mirada de su amante.

El viento es el suspiro amoroso de la tierra. La luna está pálida porque abandonada en los espacios, padece de un amor sin esperanza.

¿Sabes, María, que debe ser terrible un amor sin esperanza? Figúrate que yo te viera en brazos de otro hombre, á quien prodigaras de grado ó fuerza tus caricias; que yo amándote, no tuviera de tu amor mas que espinas en el corazón y lágrimas en los ojos; que los celos me ahogaran, y que tanto sufrimiento no tuviera remedio ya en la tierra.

Dejemos tales ideas que me infunde mi melancolía. — Solo siento no poder decirte cuánto te amo. Es triste sentir un amor mas inmenso que los cielos, y tener que expresarlo con una sola palabra. ¡Te amo! En esa palabra está encerrado mi corazón; todo lo que soy, mi vida, mi porvenir, mi esperanza. Si alguna vez me olvidaras, iría á perderme en brazos de la muerte. Te maldeciría, no; te bendeciría amoroso, porque al fin tú me quitabas la vida. Padezco, y bendigo mis padecimientos. Las lágrimas que se agolpan á mis ojos, los dolores que acosan mi corazón, me demuestran que te amo cuanto en el mundo es dado amar á los mortales. No me olvides. Visita todas las noches el peñasco en que me esperabas. Bendice la hora de nuestra entrevista. Recoge las flores del jardín, y envíame algunas rosas en tus cartas. Ve al santuario donde rezábamos juntos, y pide á la Virgen que acreciente nuestro amor, y que nos reúna pronto para siempre. María, te adora tu infeliz. — Ernesto.

XXXIII.

La amenaza de don Braulio iba á cumplirse. El infeliz padre de María iba á ser perseguido por faltas que no eran suyas, sino de su adversa suerte. La casa debía pasar á extrañas manos. El alma se identifica con los lugares donde ha sentido la santa influencia del amor y de la felicidad; hace de ellos un templo y los consagra con sacratísimos recuerdos. Allí habían nacido y espirado los abuelos y padres de don Pedro; allí le sonrió el amor, uniéndose á una angelical mujer, que bajo aquel sagrado techo acababa de morir; allí en fin, María había abierto sus ojos á la luz de la vida, llenando de alegría el corazón de sus padres. A don Pedro le parecía que iban á profanar el sepulcro de sus antepasados, y la cuna de su hija. Y en efecto, la fortuna en su torrente arrastra lo mismo el corazón que los objetos inanimados que nos pertenecen.

El infeliz comerciante estaba sereno, como quien toma una resolución definitiva. Sacó una pistola del armario que próximo tenía, y se puso á limpiarla con calma é indiferencia. Después cogió la pluma y trazó algunos renglones.

En seguida se postró, y oró.

XXXIV.

María entre tanto sufría congojoso martirio. En tres noches no había dormido. Arrodillada al pie de su lecho se perdía en la desesperación mas espantosa. Ya se acusaba de no tener valor para arrostrar el martirio, y salvar de la deshonra, tal vez de la muerte á su desgraciado padre; ya alejaba espantada de su imaginación tan triste idea, acordándose del amor infinito que la unía á su Ernesto. Conocía que el joven poeta era vario é inconstante, y que si el soplo de la felicidad, agitando las alas de su risueña imaginación, le impulsaba á perderse en el cielo entre océanos de divina luz, el aliento del engaño, sumergiéndole en el dolor, arrancarían á sus labios la blasfemia é inspiraría la duda, y el ateísmo á su impresionable corazón. Y María no se engañaba. El poeta es como el iris del mundo moral. Tiene todos los colores, y aparece siempre sobre los desastres de todas las tormentas. ¿Por otra parte podía unirse con un hombre á quien no amaba, de horrible cuerpo y de envilecida alma? ¿Y su padre? ¿y si en un arrebato se daba la muerte, no quedaria siempre en su alma el mas negro remordimiento, anulando sus días, oscureciendo su corazón y su conciencia? ¿Qué hacer? Le parecía que el alma de su madre, desprendiéndose del cielo la acusaba de las desgracias que afligían á su esposo; que murmuraba maldiciones en sus oídos, negándole por tanta ingratitude su dulce amparo; y que llorosa y afligida le echaba en cara la debilidad de su corazón, y el amor funesto que la retraía de aquel horrible sacrificio. Quería distraerse. Mas era imposible. Desde su lecho veía el azulado mar, por do vogaba la frágil barca de Ernesto. Su isla aparecía risueña y encantadora entre los celestiales celajes de aquel risueño horizonte. En las manos tenía su carta que oprimía contra su corazón. Si matara el placer, aquella carta hubiera asesinado á María. No podía acordarse de Ernesto, sin sentir también un dolor infinito. Quiso distraerse.

Fué á buscar su gilguero y le halló muerto en la jaula. Se había olvidado María de verter unas gotas de agua en su bebedero. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡Qué cruel soy! dijo. ¿Por qué no le dí su ansiada libertad? Abrió la ventana, y el sol había devorado sus antes verdes y lozanas enredaderas. Nuestras desgracias todo lo marchitan, todo lo envenenan. Cuando las tempestades se desencadenan en el

corazón, y se agota el rocío de lágrimas, y siniestros relámpagos cruzan ante nuestros extraviados ojos; olvidamos todo cuanto nos rodea, y hacemos á la naturaleza víctima de nuestros dolores. ¡Qué crueles somos! En cambio naturaleza recogíase amorosa en todos nuestros festines. Para los corazones enamorados tiene los cantos de sus fuentes las guiraldas de sus flores, la sombra de sus bosques y el canto de sus aves. A los cuerpos desposeídos de vida que nosotros arrojamos de nuestro seno, les abre naturaleza sus entrañas, y los arrulla en su eterno sueño.

XXXV.

Gran rumor se oye á la puerta de la casa donde habita don Pedro. Son los curiosos vecinos de las cercanías que acuden ansiosos á ver alguaciles, juez y escribanos reunidos en aquella mansion.

Por fin los cuervos de la desgracia han abandonado su nido para lanzarse sobre el arruinado comerciante. Es tan implacable la justicia humana que horroriza y espanta. Vale mas ver á la puerta la cruz del sacristán que oír la voz ágría y descompasada de un curial:

Notificada á don Pedro la causa de aquella visita, procedieron al embargo.

Don Braulio se sonreía triunfante y orgulloso. María iba sosteniendo á su padre pálida y trémula, cual las hojas de los árboles en el otoño.

Don Pedro confundido, avergonzado, no profería la mas mínima palabra.

Un alguacil en voz alta iba mencionando todos los muebles que hallaba al paso, y el escribano apuntaba con estoica indiferencia escribiendo.

Las voces del alguacil taladraban el corazón de don Pedro.

— Un sillón de baqueta, decía en voz alta, el ministril, algo usado y de gran antigüedad.

Don Pedro estaba apartado de todos con su hija.

— En ese sillón, María, murió mi padre. Desde ahí me recomendó la honradez, mi principal herencia. ¿Quién le hubiera dicho que tan pronto el deshonor había de anublar la frente de su hijo? ¿Quién que su sillón desde el cual tantas veces me había bendecido, debía venderse mas tarde en pública almoneda.

— Una cuna de caoba con filetes dorados, gritaba el alguacil.

— Esa es tu cuna, María, ahí te depositaba tierna, amorosa tu madre.

María se ahogaba de dolor.

— Un velador de pino.

— En ese velador aprendiste á leer. ¡Cuán extasiada te escuchaba tu madre cuando tú leías los Mártires ó el Genio del cristianismo. Y se lo llevarán mañana.

— Una mesa de escritorio.

— ¡Esa mesa! Dios mío, Dios mío. En esa mesa nació la fortuna que hoy muere. Sobre ella mi padre escribía y me enseñaba á ser un honrado comerciante.

— ¡Un retrato de señora!

— ¡El retrato de tu madre! Señores, por compasión, dejadme esa única prenda, es mi felicidad. Permittedme al menos que legue ese recuerdo á mi hija. Es la sombra de su madre. No embargueis, no vendáis lo único que de una madre resta en el mundo. Vendedme á mí por esclavo. Sacadme la sangre si queréis, pero ese retrato.... oh, ese retrato, no. Son sus ojos que aun me buscan, sus labios que aun pronuncian mi nombre. Ayúdame, María, á rogar.... que no vendan á tu madre....

María cayó de rodillas implorando misericordia.

— No puede ser, dijo don Braulio. Después en la almoneda que debe verificarse, si aprontais el dinero se adjudicará al que mas pujan.

— Callad, un usurero no puede tener sentimientos. El que roba la sangre del pobre....

— ¡Me insulta! Lo ois me insulta. Justificareis lo que decís ó de lo contrario la ley caerá con todo su rigor sobre vuestra frente.

— Señores, dijo el juez. No permito que á nadie se insulte delante de la autoridad. Abiertos están los tribunales donde se da á cada uno su derecho con perpetua y constante voluntad.

En este intermedio María recogió un papel que se había caído del bolsillo de su padre, y pudo leer lo siguiente.

«Hija mía: Te dejo abandonada. Yo muero y muero afrentado. No me maldigas. Compadéceme. Veas si puedes ocultar mi suicidio, para que me entierren al lado de tu madre.»

María fuera de sí, exclamó corriendo hácia don Braulio.

— Oídme, oídme, por compasión. Y se lanzó fuera del aposento.

XXXVI.

Don Braulio siguió apresurado á María con el rostro radiante de brutal placer.

— ¡Perdon! ¡Perdon! Exclamó María, arrojándose á sus piés. Aun es tiempo de evitar una desgracia.

Don Braulio que conocía su situación le dijo sonriendo con artificioso disimulo:

— No os comprendo, señorita, no sé lo que queréis decir.

— Por Dios, tal vez dentro de algunos minutos se haya consumado mi desgracia. Entonces....

— Entonces. ¿Qué?

— La maldición del cielo caerá sobre mi frente.

— ¿Y quién ha provocado esa maldición?

— Yo, yo soy la culpable, yo soy criminal. Salvad á mi padre, salvadme á mí.

— ¿Qué anhelaís de mí?

— ¿Ya no traéis á las mientes vuestras palabras, no recordais lo que á la orilla del mar me prometisteis?

Una nube de placer oscureció los ojos de aquel hombre, su sangre ardía, pero frio, calculador, y queriendo vengarse exclamó ocultando victoriosamente sus instintos.

— Lo he olvidado todo. No quiero comprar vuestro corazón con el oro que amontona mi avaricia.

— ¡Ay! gritó María con todas sus fuerzas. Me vais á perder para siempre, mi padre va á volverse loco cuando se vea hambriento y desvalido.

— Vuestro padre es joven, repuso sarcásticamente el usurero, repitiendo las palabras que en la entrevista con él había pronunciado María.

— Yo seré vuestra esclava. Cumpliré todo capricho que como ley me dicteis. Me doblegaré á todas vuestras exigencias.

— No, no puede ser.

— ¿Rehusais la felicidad que puedo daros, desprecias mis caricias?

— Si, sí, decía don Braulio embriagado de gozo.

— No, no lo creo. Vos me amais. Mirad que rubio es mi cabello. Jugareis con estas trenzas de oro. Mis labios os llamarán esposo. Un mismo techo nos cobijará. Nuestra vida será alegría y placer. Y....

Don Braulio temblaba como azogado. Sus ciegas, sus horribles pasiones se despertaban con toda su fuerza.

— ¿Y Ernesto? Dijo.

— ¡Ernesto! ¡Ernesto! No le volveré á ver mas, de aquí se ha ausentado para siempre. Si, para siempre.

Y María acentuaba aquellas palabras con indefinible desesperación.

—Le direis á vuestro padre que me amais.
—Sí que deseo ser vuestra esposa. ¿Accedéis?
—No accedo.
—Y queréis ver morir á mi padre, verme morir á mi.

Yo os ofrezco una vida deliciosa, una vida de amor. Seré vuestra..... Besaré vuestros pies. Salvad, salvad á mi padre, y yo os recompensaré su salvacion con mi mano.

—¿Serás mi esposa?

—Sí, sí.

—¡Mi esposa! Por fin triunfé, por fin vienes á mis pies á pedirme de rodillas lo que arrogante me negabas.

—Os lo pido por caridad.

—Voy á salvar á tu padre de la deshonra y de la muerte. Serás mia, y yo seré feliz.

Y don Braulio salió precipitado del aposento.

María había padecido tanto que al salir su futuro esposo de aquel gabinete cayó sin sentido sobre el frio pavimento.

XXXVII.

¡Terribles son los sacrificios del amor! Perder la dicha, sueño constante del alma, arrojar del pecho el sentimiento que es vida y esperanza, olvidar todas las risueñas ilusiones, en que se pierde extasiada la imaginacion, á despecho de la voluntad, es un martirio que no puede mentarse sin que se estremezca espantado el corazon.

Amar como amaba María, es luz, es la armonía de todas las almas en el seno de Dios, es el canto de todas las esferas encadenadas por el amor, es el soplo de la inspiracion que flota sobre los mundos, y agita la mente del poeta, es el reflejo de todo lo que hay de divino en la naturaleza, y el resumen de todo lo que existe de inmortal en el hombre. Amar como amaba María es desposeerse de la naturaleza para vivir en otra naturaleza, es cambiar el alma por otra alma. Amar como amaba María debe ser el sueño de todos los hombres que anhelan la perfeccion, y que desean ver á la tierra convertida en un espejo del cielo.

Pero ese amor infinito se veía aprisionado por la suerte, combatido por la desgracia. Y es que en el mundo todo lo grande, todo lo sublime está divorciado de la felicidad. El día en que el Creador abandonó los cielos para redimir la tierra, la naturaleza se reveló contra su omnipotencia, y los hombres se mofaron de su misericordia. Sus palabras rodaron por el desierto sin conmover los corazones. Fue su carrera triunfal la calle de amargura. Su corona de estrellas aguda corona de espinas. Aquellos labios que difundian con una palabra la luz sobre el caos, bebieron la hiel de nuestras burlas. Y como Dios es la sublimidad en esencia, la belleza increada, la idea absoluta, la revelacion permanente del arte, y el sueño que realiza el poeta en su peregrinacion por el mundo se vió combatido por la naturaleza, aprisionado por los hombres, hecho escarnio de todas las naciones, y ludibrio de todo el Universo, para que en él se compendiasen las desgracias de la miserable humanidad.

¿Hasta cuando ha de pugnar el pensamiento con la forma?

¿Ha de luchar siempre, Bellini con los sonidos, Murillo con el pincel y Calderon con la palabra? Y la humanidad, ese poeta desconsolado, cuyos cantos se pierden en el vacío, ese ángel, cuyas alas están rotas, ha de quedar encadenado siempre á esta roca solitaria, do bebe las lágrimas del destierro?

¿Y el amor? ¿Por qué el amor ha de ser un relámpago? ¿Y la felicidad? ¿Por qué la felicidad ha de ser un fuego fátuo? ¿Por qué la poesía es un va-

no sueño? Por qué el amor, la felicidad, y la poesía son los albores de Dios, el crepúsculo que divisamos desde nuestro hondo valle, dorando con su luz las riberas de nuestra patria celestial. El amor.

XXXVIII.

Lector, sino comprendes el sacrificio de María, te ruego que no prosigas aunque hayas tenido la heroica paciencia de llegar hasta aquí. Si no ves las lágrimas sino oyes sus quejidos, sino puedes apreciar cuánto pierde por salvar á su padre te ruego encarecidamente que no pases mas adelante.

XXXIX.

No hay drama sin desenlace, ni desenlace sin catástrofe. Los curiales fueron las víctimas de este drama. No puedo pintar cuánto sintieron que todo se arreglase amistosamente. Cuando oyeron que don Braulio como único acreedor de don Pedro mandaba que se suspendiese el embargo, se quedaron estáticos.

—¿Interpondrá V. demanda de calumnia?

—No.

—Y le ha llamado á V. usurero delante del tribunal.

—Ha sido un acaloramiento.

—Y va V. á entrar en transacciones amistosas con un hombre que no tiene un cuarto.

—Yo me entiendo.

—Va V. á arruinarse.

—No importa.

—¿Pagará V. los gastos de...

—Se entiende.

—Le hacemos á V. hombre de mas talento.

—¿Como ha de ser!

—Desinteresadamente voy á darle un consejo.

—Tantas gracias.

—Sino se aprovecha V. de la ocasion se echarán otros encima y ese hombre se declara insolvente.

—No vendrá nadie mas. He comprado todos los créditos que contra su caja existen. Soy dueño de todos los pagarés que ha expedido.

—Pues dejadlo; dijo el juez terciando respetabilisimamente en aquella cuestion. Con su pan se lo coma.

A don Pedro nada le digieron. Como le consideraban arruinado huian de él. ¿Como que tenia que pleitear en todo caso por pobre! La justicia es muy esquiva para los pobres. En cambio anda vendiendo sus favores á todos los poderosos. ¿Si pasará esto?

XL.

María á Ernesto.

Adorado Ernesto: Te escribo por primera y última vez en mi vida. Hoy aun puedo recrearme escribiéndote; mañana seria un crimen hasta el intentarlo. Te estraña que principie así mi carta, yo lo extraño mas que tu, yo que estoy escribiendo. Ernesto, ¿hemos sido muy desgraciados, mucho! ¿Que dirás euando sepas que mañana me caso? No lo creerás. Dirás que he perdido el juicio. Y es verdad; estoy loca, pero loca con esa demencia embriagadora, que afortunadamente causa la muerte. Loca con todo el desvario de la razón. Me caso con tu tío para que no se suicide mi padre. ¿Comprendes? Con tu tío, con ese tío que tan-



MARIA A LOS PIES DE UN JOROBADO.

los favores te ha prodigado; que tanto bien nos ha hecho.

No lloro. ¿Por qué he de ocultártelo? Las fuentes de mi dolor están agotadas. ¡He sufrido tanto! Tampoco duermo. Desde que te fuiste, ni por una hora; ni por un minuto he logrado conciliar el sueño. Escribo delante de un espejo y no me conozco. Estoy tan pálida que me parezco al cadáver de mi madre. ¡Pobre madre mía! ¿Cómo llorará al verme tan desgraciada? Amar tanto para padecer así. Adorarte con todo el frenesí de mi juventud y verme por la suerte desposeída de tus caricias y desposeída para siempre. ¡Para siempre! Esa palabra hiela mi corazón. Estoy siempre murmurándola. Me consuelo, porque creo que si la repito mucho llegará á matarme.

Yo creo que moriré de amor. Esa creencia me consuela. Creo que el veneno de mis desgracias emponzoñará mis días. Mis ojos se entornarán para siempre, porque no les será permitido contemplar tu rostro. Ernesto, Ernesto mío. Te adoro. ¿Por qué he de ocultártelo. Si, te adoro con todo mi corazón. Voy á escribir infinitas veces esa palabra; porque mañana seré ya para siempre de otro ser, á quien no amo.

Me parece que el corazón quiere llorar. Aun quedan algunas lágrimas en mis ojos. Son el último tributo que á tu amor puedo rendir. Llora; si, llora. Hago mas que llorar; sollozo. Si este tiempo fuera eterno; si pudiera pasar la vida escribiéndote, nunca mis ojos llegarían á secarse. También se ha secado la fuente del jardín. El gilguero ha muerto y las enredaderas también. Han muerto sedientos. ¿Cuanto habrán padecido!

Ni siquiera pude oír el último gorgojo del gilguero ni recoger la última flor de las enredaderas.

¿Por qué nos habremos conocido? Te estoy viendo y tiemblo. Sondeo mi amor y me espanto. ¿Te acuerdas de nuestros paseos á la luna? Del rosal que cultivabas para tegerme una corona de rosas blancas; una hermosa corona de desposada, que te recreabas ya; entrelazándola con mis cabellos? ¿Te acuerdas de nuestros sueños despues de nuestras bodas? Viviríamos en el campo lejos del trato de los hombres. Todos los días, según pensábamos nos levantaríamos con la aurora para coger flores cargadas de rocío. Iriamos á buscar al desgraciado á su lecho para llevarle la felicidad y el consuelo. Tú cantarías, con el laúd, nuestros amores, mientras yo lavaba en un arroyo las yerbas que habíamos recogido para pasar el día. Al caer la tarde rezaríamos el Ave-María. ¿Y esto no ha de realizarse? No: todo fue un sueño. Ahora la suerte me obliga á casarme con un hombre que me repugna; Ernesto; que me da asco. Y no puedo libertarme, y no tengo esperanza. Amamos sin esperanzas. ¡Y no he de volver á verte! No, no, no vengas; porque ya no hay remedio. No vengas porque tu amor y mi virtud están reñidos. Déjame morir aquí con mi desesperación; con mi locura. Y este amor tan grande que tan felices nos hacía y tan virtuosos; este amor que Dios nos inspiraba; este amor que te enseñó á creer y á orar; este amor mañana es una ofensa hecha á los cielos.

Tal vez me acusarás. Entonces te compadeceré Ernesto, mucho mas de lo que te compadezco. ¿Se puede renunciar voluntariamente al amor ó á la felicidad? Yo me suicido porque mato mi esperanza; mis ilusiones; pero me suicido obligada por la fatalidad. ¿Y no es temible un suicidio moral? ¡El corazón late desgarrado y la esperanza se disipa! ¡La esperanza, que es la última estrella que apaga su brillo en las tinieblas de los dolores!

Es horrible este martirio que padezco. Todos mis días estaban consagrados á pensar en tí, y á soñar con mis dulces amores consagradas estaban todas mis noches. Bendecía al sol porque iluminaba tu isla; y se perdían mis ojos en el mar, porque allí vogaba tu

barca. La campana de la oración me estremecía de amor, porque nuestras súplicas se encontraban en el espacio para subir unidas á los cielos. Y la luna, mensajera de tu venida á las costas, me inundaba de placida alegría. Y todo ha muerto para siempre. ¡Y los domingos! ¡Con qué devoción oíamos misa! ¡Qué flores tan hermosas me traías para adorar el altar de la Virgen! ¡Qué cánticos tan nuevos y tan dulces entonabas por las tardes en las playas! Yo tenía zelos hasta del eco que repetía tus acentos. Yo queria que nadie te oyese temerosa de que todas las jóvenes, que por las cercanías vagaban se enamorasen de tí. ¡Y todo ha huido! Todo me recuerda tu amor. Llevo la bata que llevaba la noche en que nos despedimos. Conservo cuidadosamente el lazo celeste que adornaba mi cabeza la vez primera que nos vimos. Cuando muera pediré que me entierren con ese vestido, y que sobre mi cuerpo inanimado estendán ese lazo. Así ha de ser mas dulce mi sueño. Todas las flores que me traías las guardo. Están secas como nuestra felicidad. Cuando nadie me oiga cantaré aquella canción que á orillas del mar me enseñaste, cuando la tierra tenía tantas flores como ilusiones nuestras dos enamoradas almas.

Ernesto: ¿Será verdad que ya jamás podré escribirte? Me parece que estoy soñando. Adios para siempre. No te acuerdes de mí. Si, si, acuérdate siempre por piedad. No he cometido mas crimen que ser muy desgraciada. La desgracia debe ser un crimen muy espantoso cuando tantos castigos me acarrea.

Ernesto: tal vez otra mujer, que no te amará tanto como yo, te hará mas feliz. ¿Y tendrás valor, Ernesto para olvidarme; para ser de otra? Ay, no, no: me moriría de zelos. ¿Pero con qué derecho pretendo arrebatarte la dicha, que te reserve el porvenir?

Yo desde el fondo de mi desolacion pediré á Dios que me olvides si por mis recuerdos padeces; que tu corazón encuentre una compañera virtuosa y amante, y... que muera yo pronto.—María.

XLI.

El día de boda.

A las siete de la mañana, don Braulio estaba ya á la puerta de la casa de su novia, arrastrado por potros andaluces en un suntuoso carruaje. Llevaba pantalon azul, chaleco carmesi, frac verde botella con botones de oro, camisa con chorrera, una grandísima aguja de diamantes, un reloj descumunal de oro pendiente de larguísima cadena cargada de diges á saber: un cañon, corazones traspasados por flechas, jabalies, corceiros, etc.; etc.; los guantes eran amarillos y el sombrero de color de chocolate.

¡Que exquisito gusto! No se puede negar que el tal don Braulio era un hombre esencialmente estético.

María solo llevaba un vestido de merino negro, y una mantilla española, traje que sienta bien á toda mujer graciosa.

Su sencillez, propia de una viuda, contrastaba con la churriguresca ornamenta de su churriguresco novio, el cual hizo un gesto de disgusto y despecho al verla tan pobremente ataviada.

Isabel, única amiga de María, la acompañaba y la sostenía; porque la infeliz no podia sostenerse; tan profunda era la enfermedad de su alma.

Don Pedro subió al coche. No sabia lo que por él pasaba. Su hija le dijo que deseaba casarse con don Braulio, y él luchó y luchó contra su decision; pero nada logró alcanzar de su hija que estaba resuelta á salvar á su padre.

María se habia llegado á convertir en una máqui-